

Marina Mandarina... ¡todo el día está que trina!



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: Estudio Nimau.
Ilustración infantil y juvenil.

Como se enfadaba Marina cuando su padre empezaba con la dichosa frase: “¡Marina Mandarina, refunfuña que refunfuña!”. Era entonces cuando Marina corría hasta la despensa, con las mejillas encendidas, y se encerraba con un portazo. Allí dentro, acurrucada en un rincón, notaba aquél malestar en la barriga, el pinchazo de siempre, que iba creciendo, como si un pequeño monstruo le hubiera hecho nido en el vientre. Un pequeño monstruo que se alimentaba de su mal humor.

Marina Mandarina era la niña de ocho años más gruñona de la comarca. El frío y el calor, el viento y el sol, las flores y los cactus, a todo le encontraba pegas. A pesar de ello, tenía muchas virtudes como una imaginación desbordante, una gran sensibilidad para la música y toneladas de amor preparadas para ser servidas. Era una niña fabulosa, pero que iba por el mundo con el ceño fruncido. Sus padres ya lo habían probado todo, y como no encontraban ninguna solución optaron por tomárselo con humor, de aquí aquellas frases a menudo a modo de pareados que a ellos les hacían reír tanto y a la pequeña la sacaban de quicio. "Marina Mandarina... ¡ay, qué piel más fina!".



Pero la tarde del 24 de abril todo cambió. Jordi, su *medio-amigo* de Marina, celebraba una fiesta de cumpleaños. A pesar de ser su *medio-amigo*, Marina estaba emocionada... ¡Una fiesta es una fiesta! "¡A pesar del pesado de Jordi!", se dijo. "¡Aunque seguro que el pastel será de chocolate!", siguió. "¡A pesar de que mi mamá me ha puesto un jersey encima de esta camiseta tan chula!", y siguió... "Aunque ..."

"Jordi está en el hospital", soltó la madre cuando Marina estaba a punto de salir por la puerta. "¿Jordi?". Sí, Jordi. El mismo que se pasaba el día buscando las cosquillas la Marina. Su *medio-amigo*. "Le han tenido que operado de apendicitis", anunció su madre seria, aún con el teléfono en la mano.

Aquella tarde Marina la pasó resolviendo rompecabezas. La noticia la había dejado tan empeñada que no se veía capaz de nada más. No se podía sacar de la cabeza Jordi. Se lo imaginaba en la ambulancia... y se le ponía la piel de gallina sólo de pensar en el dolor que le haría en la barriga. Por mucho *medio-amigos* que fueran, Marina sentía una gran tristeza que, al igual que cuando se enfadaba, sentía un pinchazo en la barriga como si le hubieran clavado la espina de un pescado.

Jordi tenía que quedar ingresado en el hospital. "¡Lo tienen en observación!", le había explicado la madre. "¿En observación?", exclamó ella por dentro, imaginándose un grupo de médicos con los ojos bien abiertos, observando a su amigo sin perder detalle. "Pero si quieres, puedes venir a visitarlo", propuso el padre de su *medio-amigo*. Y Marina Mandarin, sin pensarlo dos veces, dijo que sí, aunque enseguida volvió a sentir aquella molestia en la barriga, como si se hubiera tragado un bocadillo entero sin masticar. ¡Qué nervios! No podía evitar imaginar el peor de los escenarios... pero, a veces, la imaginación nos puede jugar malas pasadas y, en aquella ocasión, lo que le pasaba por la cabeza a la niña era de lo más opuesto a la realidad que le estaba esperando.

De entrada, el hospital era un lugar luminoso y lleno de motivos infantiles. En los pasillos había colgados adornos con animales y dibujos hechos por los niños, y las enfermeras lucían unas batas de lo más divertidas. Dentro de la habitación, Jordi yacía en la cama, con globos atados a ambos lados de la cama. Pero lo más chocante de todo fue que nada más entrar, ¡un médico con una guitarrita le estaba cantando una canción! El niño, lejos de la idea de que se había hecho Marina, tenía las mejillas rosadas y una sonrisa amplia y sincera. De vez en cuando soltaba una risa, que se unía a la de su padre, provocada por los gallos que hacía aquel médico-cantante tan extraño. "¡Marina Mandarina!", gritó Jordi, como si le diera la bienvenida a una fiesta. "Hola Jordi", respondió ella, un poco cortada. "¡No pongas esa cara, que parece que hayas visto un mamut volando!" dijo él, riendo. Pero la niña no reaccionó. No lo hizo ni siquiera cuando vio que el médico de la guitarrita llevaba un sombrero verde y una nariz de payaso.

El médico en cuestión se despidió al poco de entrar Marina. "Y recuerda que tienes que caso de la receta, ¿eh chico?", le dijo a Jordi mientras le entregaba un papelito donde había unas indicaciones escritas. Y antes de salir por la puerta aún hizo una pirueta que hizo reír incluso a Marina.

"Te he traído un regalo", dijo Marina, acercándose al pequeño robot que llevaba en la mano. "Lo he hecho yo, con una caja de zapatos y alambre". "¡Te ha quedado muy bonito! ¿Quieres decir que lo has hecho tú? ", Le espetó Jordi, pícaro. "¡¿Ni con las piernas enyesadas no puedes dejar de hacerme la puñeta?!", se quejó ella, frunciendo el ceño. "¡¿Ni con las piernas enyesadas no dejas que te haga una bromita?!", respondió el niño, sin perder la sonrisa ni la calma. "Además", continuó Jordi, "¿no sabes que en este hospital está prohibido el mal humor?". Marina lo miró, incrédula. "¡Mira lo que me recetan!". Jordi le dejó ver el papelito que el médico de la guitarrita le acababa de dar y ella pudo leer perfectamente el remedio recomendado, que no era otra cosa que...



"Chistes y cosquillas, cada media hora y sin límite". ¿Cómo? ¿Y las pastillas? ¿Y las inyecciones? Marina no se lo podía creer. "¡El buen humor es la mejor medicina!", sonrió Jordi. "Me lo han dicho los médicos... el de la nariz de payaso y los otros también, ¡eh!". Entonces, el padre de Jordi afirmó, satisfecho, que aparte de los medicamentos que necesitaba Jordi, estar de buen humor hacía que se encontrara mejor, "¡Y que la cuenta atrás para volver a casa pase más deprisa!", sentenció Jordi muy decidido. Todos rieron y a continuación Jordi cogió las cartas que tenía encima de la mesita de noche. "¿Una partidita Mandarina?". Marina se sentó en el borde de la cama: "¡Claro, pero prepárate para la paliza, chaval!". Pero ambos sabían que, en ese momento, más que nunca, poco importaba...

La tarde pasó volando, y cuando ya era casi hora de cenar, su madre tuvo que avisar cinco veces a Marina que fuera desfilando, que se había hecho tarde. Como era de esperar, la niña refunfuñó un poco, pero no mucho porque enseguida recordó lo que le había dicho Jordi: que en ese hospital estaban prohibidas las malas caras. Se despidieron y quedaron para verse al cabo de pocos días, ya en casa. "¿Es verdad mamá que el buen humor lo cura todo?", preguntó la niña de camino a la estación de tren. "¡Estar contento debe ser bueno seguro!... ¿Y lo mejor sabes qué es?". Marina la miró, expectante. "¡Que se contagia!". Ciertamente, su madre tenía razón. Aquella tarde Jordi le había encomendado su sonrisa y con eso ella había entendido una cosa: que si reía en lugar de enfadarse, todo podía ser mejor. ¡Mucho mejor!

Después de ese día, Marina probó, con ganas y empeño, de no caer en la trampa del mal humor tan a menudo como solía hacerlo. Con ello consiguió que sus padres dejaran de dedicarle esas dichosas frases, olvidó los dolores de barriga casi para siempre y descubrió que Jordi, a pesar de seguir haciéndole la puñeta de vez en cuando, era en realidad su *gran -amigo*.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA